

RECUERDOS CON HISTORIA, 132

REPRESENTACIONES DE LA MITOLOGÍA GRIEGA EN ESPADAS Y SABLES DEL SIGLO XIX POR VICENTE NAVARRO SERRA

En nuestro presente siglo XXI gustamos, algunos, de introducirnos en el mundo de los objetos físicos usados en un pasado más o menos “reciente” teniéndolos como referentes históricos y perfectos testimonios de mil y una circunstancias puesto que nos “hablan” de las aventuras vividas por nuestros ancestros a quienes, con suerte, tal vez llegamos a conocer en caso de que nos refiramos a los más cercanos a nosotros como abuelos/as y, quizá, como mucho, algún bisabuelo/a.

Son ellos, y los objetos cotidianos que usaron, quienes tomados como motivo de estudio, también de una cierta añoranza, se nos ofrecen para ver de dilucidar misterios que guardaron en su profunda intimidad y que a la luz de recientes investigaciones podemos incluso llegar a dialogar casi en vivo y en directo, de tú a tú, sin ninguna merma ni disminución del potencial histórico que guardan.

A eso van siempre dedicadas estas páginas de *Recuerdos con Historia* ideadas y propiciadas por el buen hacer de nuestro amigo Juan Luis Calvó.

Para las nuevas generaciones de adolescentes, actualmente cursando estudios de, por ejemplo, Educación Secundaria o Bachillerato, es posible que lo ocurrido en, para ellos, el lejanísimo y recóndito trasfondo de personas y objetos materiales del siglo XIX no les sugiera, de momento, nada positivo para sus juveniles e inquietos intereses. Claro que eso

no significa que de estas generaciones no tengan que salir, que saldrán, futuros y buenos arqueólogos, historiadores, anticuarios, investigadores, escritores y demás personajes que profundizarán en temas que, aún hoy, permanecen ocultos a las miradas y los deseos de quienes sienten interés por conocerlos.

Pues bien, en este trabajo intentaré rastrear e indagar en las armas blancas del siglo XIX tomando como base del estudio aquellas que, en sus guarniciones, hojas o vainas, presenten aspectos decorativos basados en la antigua Mitología Griega.

Gustaron nuestros ancestros “ochocentistas”, caso de que tuvieran, por la razón que fuere, oportunidad de ceñir espada o sable, en adornar estos con motivos tomados prestados de la abundante y mágica Mitología. La poderosa influencia del Romanticismo, que cubrió muchos aspectos de la vida del siglo que nos ocupa, fue quien facilitó el gusto por toda la abundante pléyade de dioses, diosas, héroes, mitos, leyendas y demás aventuras de este universo entre onírico y seductor desplegado muchos siglos antes de Jesucristo y transmitido con contundencia por convincentes personajes históricos. Entre ellos, muchos que fueron poetas y filósofos a la vez: Homero, Hesíodo, Plutarco, Píndaro...

Creo que en este estudio ha de prevalecer la imagen antes que la palabra pues de eso se trata, de ofrecer el visionado de algunas espadas con cuyo diseño se propició la aparición, ya cincelados, ya grabados al aguafuerte, de los citados dioses tomándolos como símbolo de las virtudes de los portadores de esas espadas.

Empecemos por una de las diosas más importantes del Olimpo, la llamada Pallas Atenea, diosa que fue, a la vez, de la Justicia, de la Guerra, de la Sabiduría, de la Estrategia... conceptos hoy

tenidos algunos por antagónicos pero que en su día reflejaron el pensar y el sentir de los atenienses y del resto de ciudades y países bajo la influencia griega.

FEBRERO, 2010



He ahí un par de machetes de elevado empleo por la oficialidad española durante la Guerra de Cuba de 1895-98. La alta calidad que se deseó para estas armas favoreció la inclusión, en lo alto de sus pomos, de sendas cabezas de la diosa Atenea, cuyo nombre figura, precisamente, sobre los muros del palacio de Cnosos en Creta. Es la Atenea que combatió al dios Poseidón, a Ares y a Afrodita, es decir, toda una diosa guerrera que fue en su momento esculpida, nada menos, que por el cincel de Fidias.

Se la suele representar en muchas espadas de ceñir, principalmente francesas, en diferentes actitudes y rodeada siempre de diversos elementos de tipo militar: cascos, escudos, haz de lictores, espadas, lanzas...



Detalle de las citadas cabezas de Atenea que es representada generalmente tocada con un poderoso casco del que sobresalen, en cascada, los bucles de su abundante cabellera.



Observemos esta espectacular espada de ceñir época Isabel II. Su porte es magnífico y la armonía entre guarda y hoja perfecta. El diseño de su guarda es francés cien por cien, sin embargo, monta

una hoja española fechada en 1833. Magistral simbiosis con la que se regalaría un alto oficial o político hispano.

En la siguiente imagen estudiaremos los detalles de la montura.



Esta espada de ceñir contiene todo un compendio de Mitología. En el frontal de la concha podemos ver, en su fastuoso esplendor, la diosa Atenea rodeada de atributos militares. Ella misma, sentada en el centro, apoya su mano derecha sobre unas fascas de lictor y con su izquierda se protege con un escudo.

En el centro del aro guardamano se observa un óvalo en cuyo interior podemos ver al dios Apolo, el más citado en la Ilíada, símbolo de la inspiración artística y director del coro de sus Musas. Ejercía de dios de la Música y enseñó a Orfeo a tocar la

lira. Aquí se halla cincelado tañendo precisamente su instrumento preferido. Por su posición y su escaso ropaje hay autores que lo confunden con un simple efebo.

Finalmente, en el remate superior del pomo aparece una cabeza de guerrero, con casco y buenos bigotes, muy empleado como símbolo de la milicia pero que no parece tener ninguna relación con el Olimpo.



Sorprendámonos con el frontis de una espada de ceñir de la segunda mitad del siglo XIX para oficial de la Marina Española que también es un compendio de simbología. En el centro campea el ancla timbrada de corona real, a la izquierda las Armas de España y a la derecha nos aparece la vara de Esculapio (nombre romano) o de Asclepio (nombre griego) con su serpiente milagrosa y curadora trepando por la misma.

A ambos extremos cierran el conjunto dos tortuosos faunos marinos.



A la vista tenemos el batiente de la vaina de un sable recto francés para oficial de Dragones artísticamente trabajado. En su parte superior se observa lo que parece un hombre primitivo blandiendo un tosco garrote. Pues no, no es ningún cromañón, es, nada más y nada menos, que el Héroe de la mitología griega Hércules, hijo de Zeus y Alcmena, preparándose para alguno de sus esforzados doce hercúleos trabajos.

Simbología ideal para un corajudo oficial de Dragones de la época del Primer Imperio Francés.



Aquí, cincelado en las abrazaderas de un sable para oficial de Caballería Ligera modelo *An XI* según calendario de la Revolución Francesa, aparece la cara de un león en expresivo rictus facial a medio camino entre doliente, sufrido y espantado. No era para menos, pues se trata del León de Nemea (ciudad existente la tira de años a.C.) que tenía aterrorizados a los habitantes de esta ciudad y a sus alrededores. Un enorme león con una piel tan gruesa que ni las flechas ni las lanzas podían atravesar.

Le tocó a Hércules acabar con el monstruo. Por la cara que pone el felino está más que claro que Hércules, hartado de golpearle inútilmente con la espada, parece que le estaba retorciendo el pescuezo, cosa que acabó con el animal llevándose, el Héroe, su piel como trofeo.

El que cinceló estas abrazaderas supo expresar en la cara del animal los efectos deseados. Buen cincelador.



Centremos Ahora la atención en la parte delantera de la guarnición de dos sables españoles relacionados con la medicina: a la izquierda el de oficial de Sanidad Militar modelo 1909 y a la derecha el de oficial de la Cruz Roja definido en la Reglamentación de Uniformidad de 1947.

En ambos aparece una efigie barbada y bigotuda con cara de malas pulgas que identificamos como Esculapio, hijo de Apolo y Coronis, que fue educado con sabiduría por el Centauro Quirón en el arte de la curación de enfermedades. Esta vez el cincelador podía haber presentado, a nuestro juicio, caras más amables dada la noble misión a la que se dedicó Esculapio.



Esta es la cabeza que figura en el galluelo de una espada de ceñir. Francamente bien marcada, representa a Zeus, el temible padre de los dioses, él a su vez dios del trueno, los rayos, el cielo y toda su potente energía.

En general se le representa con un haz de rayos en su mano derecha. De ahí que en algunas espadas y sables aparezca solamente el haz de rayos, símbolo del poder y del dios Zeus. Eso es lo que veremos en la siguiente imagen.



Esta es la representación simbólica de Zeus, temido dios del universo, mediante el cincelado, a ambos lados de la abrazadera de un sable francés de la Restauración, de unos rayos que salen de una bomba central que, para más definición celeste, es representada con alas.

Era, para los militares franceses, el emblema que indicaba su pertenencia al Estado Mayor y que, al poco, adoptó España también para sus oficiales de E.M. en una reforma de uniformidad de fecha 21-11- 1838. Este emblema de los rayos de Zeus se ubicaba en los faldones de casacas y levitas.

Fue sustituido definitivamente, mediante el Reglamento de 8 de setiembre de 1843, por el clásico emblema hispano de una estrella de cinco puntas rodeada de ramos de roble. Se acabó Zeus y su atronadora mitología.



Sigamos con la saga de dioses y diosas representada esta vez por una diosa francamente impresionante: la Medusa.

Es la diosa de la cabellera hirsuta repleta de serpientes y cara de terror. Monstruo femenino decapitada por Perseo, que convertía en piedra a quien osara mirarla. Contábase que los corales del

Mar Rojo adquirieron este color por las salpicaduras de la sangre de la cabeza de la Medusa cuando Perseo, en un viaje a Etiopía, la dejó sobre las arenas de la orilla.

Sin embargo, es una imagen muy prodigada en las conchas y los galluelos de las espadas y sables para la oficialidad francesa del siglo XIX, es decir, desde la época napoleónica hasta los modelos de sable de 1896. Justifican la representación de esta cara tan fea argumentando que, como los militares de todos los tiempos, la Medusa tuvo una vida muy dura.



No podía faltar, en estas representaciones mitológicas, la presencia de Neptuno, dios del mar. ¿Y dónde podía ser más adecuado situarlo? Pues, ciertamente, en los sables de la oficialidad de Marina.

En este caso ofrecemos a la curiosidad del lector/a el brocal o primera abrazadera de un sable galo de la Marina modelo 1837.

Amén del ancla con calabrote, no olvidaron colocar una diminuta testa de Neptuno en la parte superior de esta abrazadera para dar más carácter marino al conjunto. La citada cabeza, en relieve a modo de botón, servía para acabar de afianzar la dragona del sable.



Podemos acabar este repaso mitológico-espadero con el visionado de una espada de ceñir, de guarnición francesa del primer tercio del s. XIX y hoja española del s. XVIII que, además de la cabeza de guerrero en el pomo, el dios Zeus en el galluelo y el dios Apolo en el centro del aro, ofrece un interesantísimo relieve en el frontal de la concha, cuyo descifrado nos es un tanto difícil.

Podemos observar un guerrero en primer plano con el brazo derecho extendido sobre un rollo de papiro o de pergamino. Detrás, otro guerrero en actitud más reservada. Sentado, un “César”, tocado con corona de laurel (*corona triumphalis*) a cuyos pies intenta camuflarse el famoso León de Nemea, más asustado que antes.

Esta escena no puede ser el Juramento de los Horacios pues faltaría, como mínimo, una de las tres figuras de los hermanos (trillizos) jurando ante su padre Horacio en el 669 a C.

Tampoco puede ser Aníbal jurando odio eterno a los romanos ocurrido, según la leyenda, en el siglo III a C. La escena no encaja.

Algún experto francés me sugiere que, tal vez, es un símbolo de “l’Empereur” recibiendo el juramento de fidelidad de un soldado que pasará a formar parte de su Guardia Imperial.

No obstante, y sin perjuicio de otras opiniones, ¿podría representar simplemente a unos militares jurando una simbólica “constitución” que, de modo metafórico, pudiera ser tomado como ejemplo genérico para todos los militares? ¿Es como una sublimación del espíritu castrense? Los historiadores nos cuentan que ya en la Grecia Clásica se auguraba, en la escuela aristotélica, el redactado de unas leyes básicas, tipo constitución, para determinar y concretar la democracia.

No deseo especular. Tal vez aparecerá un día, en una “Columna de Trajano”, la solución al enigma.